

PLUMA y LAPIZ



LEYENDAS Y TRADICIONES

(BILBAO)

SEGURO es que los eruditos leerán con extrañeza el nombre de la capital de Vizcaya después del epígrafe general de esta serie de artículos. Bilbao es una capital relativamente moderna; fundada en el siglo XIII, su historia poco tiene de notable hasta los comienzos del XIX. Creciendo y desarrollándose en detrimento de Bermeo, era ya población de alguna importancia al estallar la guerra de la Independencia, y á causa de hallarse por completo falta de fortificaciones, hubo de ser varias veces ocupada por los franceses y otras tantas evacuada por ellos, según las diversas fases que ofreció aquella larga y gloriosa guerra. Luego... luego ya fué otra cosa.

Los españoles, sin ejército ni marina, sin armas ni dinero, sin gobierno, pero con amor ardiente á Dios, á la patria y á la monarquía, vencieron al coloso del siglo, cumpliendo las proféticas palabras de Pitt: «Todo está perdido; mas si España se levanta contra Napoleón, todavía hay esperanza para Europa.»

Tras la victoria surgió la escisión; los extranjeros que nos habían ayudado á vencer al enemigo común y algunos patriotas de buena fe, pero ávidos de novedades, introdujeron no pocas en nuestra nación, plausibles varias, otras perjudiciales, acaso todas prematuras; apasionáronse los ánimos; los que unidos habían peleado contra el invasor, dividiéronse en absolutistas y liberales y, tras vicisitudes que no es del caso reseñar, ambos partidos convirtiéronse, á la muerte de Fernando VII, en carlistas é isabelinos.

Estalló la guerra civil, la peor de las guerras, porque es la lucha de hermanos contra hermanos, porque en ella no hay vencedores: ¡siempre sale vencida la patria de que forman parte los bandos que se combaten!

En aquella tremenda guerra de los siete años hizose famoso el nombre de Bilbao. «El 6 de Junio de 1833, dice un escritor moderno, se encargó el conde de Mirasol del mando de la provincia de Vizcaya y le ordenó Espartero que permaneciese en la capital para asegurar la defensa. El día 8 se hizo cargo de la plaza... No estaban concluidas las fortificaciones; faltaba artillería y no se podían ocupar ni dominar, por falta de medios de defensa, el Morro y Begoña, que eran posiciones estratégicas de la mayor importancia para el ataque. Escaseaban la harina, la pólvora y el dinero, y el repuesto de municiones estaba en el convento de San Francisco que podía con facilidad tomar el enemigo. El

conde de Mirasol ordenó que se le entregasen 78,000 reales del producto de bulas, obtuvo de la marina dos cañones de á 18, una batería de cohetes y la dotación de artilleros correspondiente. Pidió pólvora al comandante de la marina inglesa y mandó á San Sebastián un vapor, en demanda de más artillería.

«El 10 de Junio se presentó ante la plaza Zumalacárregui y tardó dos días en establecer el bloqueo, si bien los vapores de las fuerzas extranjeras le impidieron cerrar el paso del Nervión. El 12 intimó la rendición de la plaza y el 13 rompió el fuego contra ella, no habiendo obtenido respuesta su amenaza. El 14 á las ocho de la mañana, hubo un tiroteo continuo entre la artillería y la fusilería de los combatientes. El fuego de las baterías carlistas fué tan certero y nutrido que abrió tres brechas practicables en la batería del Circo, la destruyó y apagó sus fuegos.

«Entonces las ruinas de las murallas sirvieron de parapeto á los sitiados que se apostaron en ellas y las defendieron con fuego de fusilería, lo cual impidió á los carlistas verificar el asalto que proyectaban. Intentóse heroicamente reedificar el fuerte del Circo, á la vista del enemigo, prestando su cooperación á tal intento las mismas mujeres; pero todo empeño fué inútil. Al siguiente día, el éxito favoreció á los liberales, que se mantuvieron en la segunda línea de la batería del Circo, consiguieron apagar los fuegos carlistas en el fuerte principal de éstos y en el de Begoña, destruyeron una barricada hecha durante la noche á medio tiro de fusil de la plaza é hirieron desde el fuerte Larriñaga al mismo Zumalacárregui.»

Este suceso no sólo salvó la población, sino acaso también el trono de Isabel II. Zumalacárregui, nacido en Ormaiztegui en 1788, capitán al terminar la guerra de la Independencia, separado injustamente del servicio en 1820, repuesto en 1823, teniente coronel al año siguiente, coronel en 1829, Gobernador del Ferrol en 1832, y nueva y no menos absurdamente despreciado de su cargo, sin duda por intrigas debidas á la envidia que



PUENTE DE SAN AGUSTÍN Y AYUNTAMIENTO.



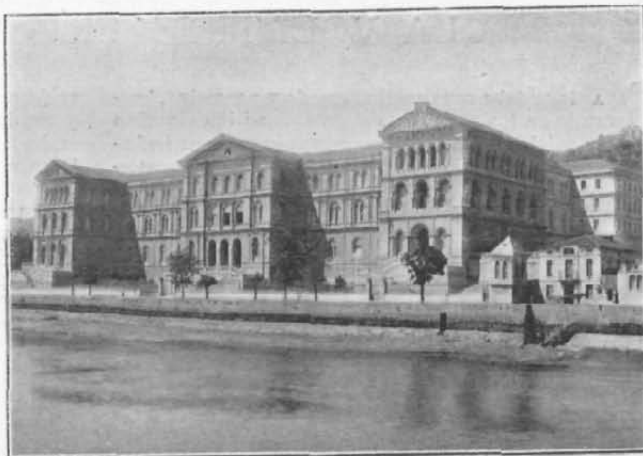
IGLESIA DE BEGOÑA.

su mérito excitase; Zumalacárregui, decimos, que despechado ante tamaño atropello ingresó en las filas del Pretendiente, llegando en breve á general en jefe, era el único de condiciones bastantes á hacer triunfar la causa que defendía.

Eraso le sucedió en el mando frente á Bilbao y, ya que no le ganase en dotes, quiso aventajarle en crueldad. Zumalacárregui no había permitido el bombardeo; éste comenzó ordenado por su substituto, y el 27 de Junio adquirió proporciones formidables. Entonces Eraso intimó la rendición y el conde de Mirasol consultó al Ayuntamiento, que respondió unánime que *prefería perecer en las ruinas de la villa antes que capitular*. Manifestó el caudillo carlista que aún concedía dos horas para que los sitiados volvieran sobre su acuerdo y la contestación fué tan breve como enérgica: *Se puede romper el fuego cuando se quiera*.

Y en efecto, el bombardeo se reanudó, sin más resultado que aumentar los destrozos y el número de víctimas, pues el día primero de Julio los carlistas se vieron obligados á levantar el sitio para no caer en manos de los generales Valdés y Latre, que acudían en socorro de la plaza.

Dos veces más, en aquella guerra, se vió sitiada Bilbao, con igual negativo éxito; en la última, decidió su liberación la victoria de Luchana, conseguida, tras varios percances, por Espartero. Y aún fué mayor el aprieto en que se hallaron



LA UNIVERSIDAD DE DEUSTO.



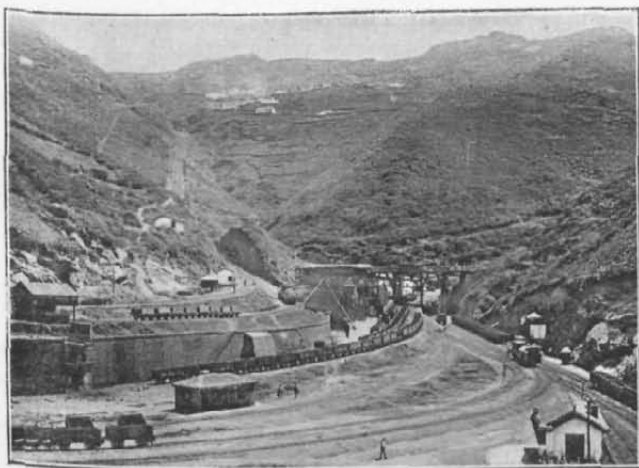
PUENTE DEL ARENAL.

los heroicos bilbaínos, al verse sitiados nuevamente por las huestes facciosas, en 1874. Sólo su indómita constancia y el valor y la inteligencia del general Castillo libraron á la plaza de caer en manos del enemigo, después de los fracasos de Moriones y Serrano que trataron de libertarla. Al fin, el 2 de Mayo de dicho año, por consecuencia de la victoria de las Muñecas, obtenida gracias á la pericia de don Manuel de la Concha, el

último estratégico español del siglo presente, cuando ya creían segura la presa, tuvieron que desistir los partidarios del Pretendiente de apoderarse de la ciudad que hoy es orgullo de España por su floreciente industria, de la cual dan testimonio los Altos Hornos y los Astilleros.

Bilbao es, sin duda, una de las ciudades españolas con vida propia, y cuya riqueza aumenta de día en día, merced á la inteligencia y á la actividad, tan prodigiosas como dignas de ser imitadas, de la inmensa mayoría de sus hijos, que buscan la dicha en su único y verdadero manantial: el trabajo honrado.

Y ahora preguntamos, para concluir: ¿son ó no legendarias las proezas realizadas por los bilbaínos en nuestras pasadas guerras civiles? Pues si lo son, bien merecen su puesto en esta serie de artículos, sin que á ello obste lo reciente de su fecha: es un defecto del que se irán curando cada día.



ORCONERA (MINA).

EDUARDO BLASCO

Fotografías de Hauser y Menet.

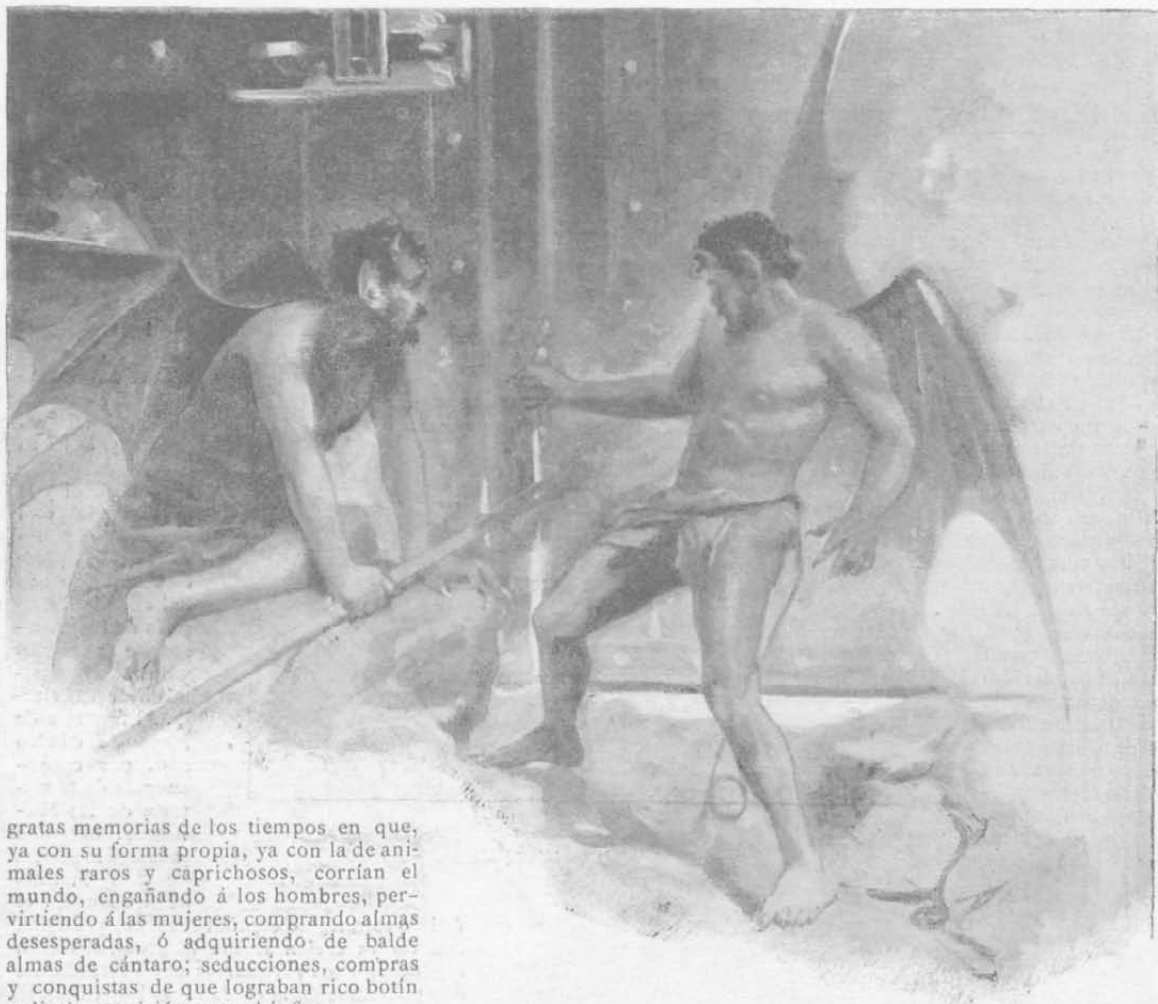
LA VOLATILIZACIÓN DEL DIABLO

SARASÁS andaba muy malhumorado y pensativo, buscando en los repliegues negros de su imaginación artes de palabra y de obra con que animar á sus legiones infernales, afligidas de grave desaliento y consternación.

Los diablos, siempre joviales y revoltosos como gen-

te despreocupada y maleante, habían perdido la alegría y aun la esperanza de recobrarla, porque Dios les cerraba las puertas del infierno, impidiéndoles subir en lo sucesivo á la tierra, donde tanto se divertían á costa de los pobres mortales.

Entretenían la huelga forzosa de la reclusión con las



gratas memorias de los tiempos en que, ya con su forma propia, ya con la de animales raros y caprichosos, corrían el mundo, engañando á los hombres, pervertiendo á las mujeres, comprando almas desesperadas, ó adquiriendo de balde almas de cántaro; seducciones, compras y conquistas de que lograban rico botín y diaria provisión para el infierno.

Aquel encierro les infundía verdadero pavor. Temían unos que el linaje humano, libre de tentaciones inmediatas, se hiciera bueno y justo, tomando en derechura el camino del cielo.

Temían otros que la humanidad les perdiera el miedo y respeto que les tenía y que, no viéndolos por ninguna parte, empezara á creer que no existían tales diablos.

Y se quejaban todos de la parcialidad de Dios, porque establecía un monopolio á favor de los ángeles, los cuales podían ejercer á sus anchas su industria benéfica, mientras los demonios encontraban cerrada la frontera: privilegio y proteccionismo que permitían la expendición de las virtudes, con perjuicio evidente del infierno, y con menoscabo del mismo albedrío del ser humano á quien se privaba de escoger y discernir entre el bien y el mal. ¿Qué mérito tendría ya la virtud sin el toque y la oposición del vicio que la contrastan como el oro en la piedra, y la acendran como el fuego en el crisol? ¿Qué gloria el triunfo sin el combate donde se prueba el esfuerzo y se acredita el valor?

Y el infierno entero proclamó la necesidad de abolir

ese monopolio, así por decoro de la justicia é imparcialidad divinas, como en provecho de la libertad humana. El infierno debía guerrear por favorecer á sus enemigos. Por donde se advierte que esas advocaciones generosas son desde muy antiguamente el pretexto y capa de todas las guerras del egoísmo. Porque en las revueltas de tales rodeos diplomáticos se escondían, como ladrón en la encrucijada, la codicia de conquistas y la ambición de dilatar las esferas de influencia del infierno.

Así es que el gran monstruo roji-negro, rey de las llamas y señor de las tinieblas, se pasaba los días y los meses mirando por el ojo de la cerradura de la puerta infernal, en acecho de ocasión en que pudiera forzarla por descuido de los guardianes celestes que de la parte de afuera la custodiaban. Pero la ocasión no venía, y además, las diversas salidas que los sitiados intentaron fueron ineficaces, porque la puerta quedó reforzada con un revestimiento de pluma de alas angélicas, materia intangible para el diablo. Tampoco pudieron colarse algunos diablillos enanos por el ojo de la

cerradura, aún con ser grande y proporcionado á la magnitud de las llaves. Y en vista de esos fracasos, Satanás y los siete ministros mayores de su consejo se dieron á imaginar astucias que alcanzaran lo que no podía la fuerza.

El gobierno infernal no malgasta los días en programas oratorios ni en consultas y expedientes administrativos. Allí todo es rápido y sumarisimo, según conviene á quien conoce la importancia del tiempo. Se delibera pronto, se resuelve deprisa y lo resuelto se ejecuta en el acto. Por eso el infierno vence casi siempre y manda tantos millones de siglos sobre la pereza humana. Ni se gasta ni debilita, porque lo que más enflaquece á los poderes es el desuso y la inactividad de sus facultades y funciones.

El discurso de Satanás ante su Consejo de primates fué breve y dijo así:

«El estado mísero á que nuestro enemigo eterno nos ha traído, es tan visible á todos, que no he menester de retóricas para encarecer la fuerza abrumadora de nuestras desdichas y la necesidad urgente de remediarlas. La mejor pintura de los males ciertos está en los ojos que los ven, y la más persuasiva prueba de las necesidades está en padecerlas. Hay que restaurar las libertades diabólicas, hoy vejadas, y volver por el crédito infernal, hoy muy decaído y á punto de ruina total. No traigo ni os pido palabras huecas, sino resoluciones firmes, que no con arengas, sino con opresiones, nos combata y vence el enemigo.»

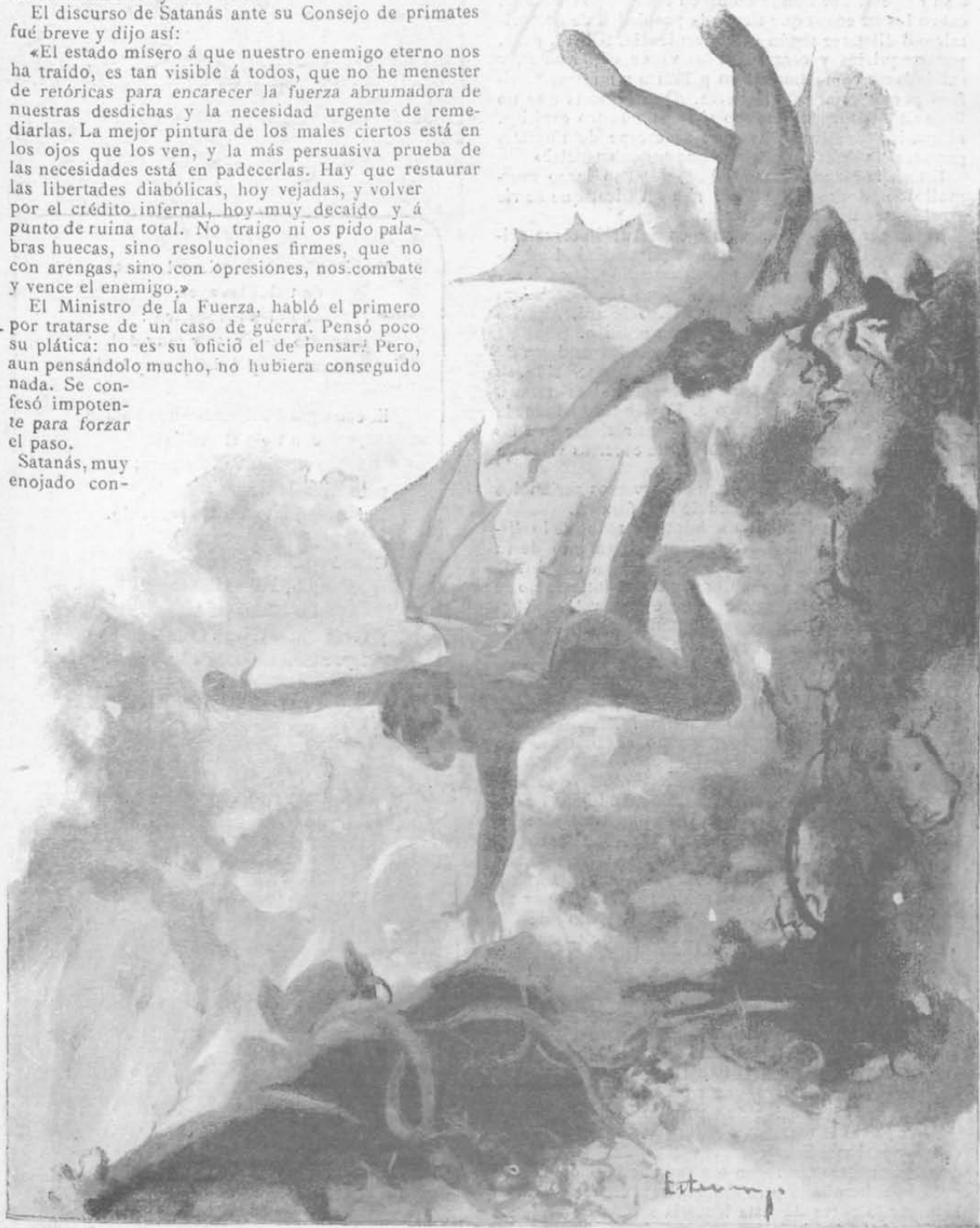
El Ministro de la Fuerza, habló el primero por tratarse de un caso de guerra. Pensó poco su plática: no es su oficio el de pensar. Pero, aun pensándolo mucho, no hubiera conseguido nada. Se confesó impotente para forzar el paso.

Satanás, muy enojado con-

tra aquel poder que no le servía cuando lo necesitaba requirió el auxilio de la astucia diplomática.

El Ministro del ramo pensó, ó hizo como que pensaba detenidamente: habló con parsimonia en la palabra y gravedad en la apostura. Y, en resumen, se declaró tan incapaz como su colega.

«Tratárase—dijo—de embaucar á los hombres con apariencias cortesanas, ó de disimular nuestras intenciones con frases melifluas, y yo inventaría artes y perfidias maestras. Pero la diplomacia no tiene que hacer cuando se nos impide tomar formas engañosas y sutiles con que seducir las almas y meternos por los ojos.»



Desechadas por inútiles las obras de la fuerza y de la diplomacia, se recurrió a la obra del ingenio. El Ministro de las ciencias mágicas desató la dificultad, por que se viera que en todo lugar la ciencia y la enseñanza han de ser salvación de las sociedades oripmidas y reparo de los daños acaecidos.

«Los demonios no podemos ya salir del infierno por la fuerza, en nuestra forma corpórea, ni por la astucia, en figura y especie de serpientes ó animales extraños. Tampoco cabemos por las rendijas de las puertas infernales. Pero las leyes de la naturaleza no se violan y menos por aquel que las dictó y está por ello obligado á su respeto. Por donde no caben los cuerpos sólidos, caben los gaseosos que tienen la propiedad de comprimirse ó dilatarse según su conveniencia. Salgan, pues, por resquicios y cerraduras los vapores infernales, y extiéndanse como emanación palúdica y miasma pestífero por la costra de la tierra. ¿Qué importa que no llegue á ella nuestro cuerpo si llega nuestro espíritu, ni qué interesa que el hombre se escape de nuestras garras, si le inficionamos con nuestra substancia?»

Este feliz razonamiento fué acogido con largo murmullo de admiración y fiera risa satánica, que se ríe por lo que otros han de llorar.

Y, sin perder tiempo, se puso en ejecución el maravilloso proyecto, cuyos pormenores puntualizó el ministro en la segunda parte de su sabia oración, la cual, según pedía el Rey de las tinieblas, no fué cascabelera palabrería de la que usan los políticos de acá. Aquello era engendrar ideas en alta voz y en público.

Limpiadas cuidadosamente las grandes calderas de Pedro Botero, para la cabal pureza de la operación, se avivaron con doble corriente de aire las llamas eternas, hasta poner las vasijas al rojo. Hízose luego llamada general de las legiones infernales para reclutar en ellas los diablos más endiablados, á fin de cocerlos vivos en las marmitas preparadas.

En cuanto se supo que los más perversos serían los escogidos, no hubo necesidad de leva forzosa.

Allí la perversidad es un honor, y todos se lo disputaron en reñida competencia, para aumento de su mala fama. Interesábanse, además, el bien común, la salvación de la patria tenebrosa, y el patriotismo no se ha acabado en el infierno, que por eso prevalece sobre la humanidad y conserva sus extensas colonias sobre la tierra. Millares de demonios se ofrecieron á sacrificarse á la mayor gloria de Satanás. Y ellos mismos de cabeza se arrojaban en las hirvientes calderas con tal prisa y en tanto número, que hubo de ponerse coto al entusiasmo, sacando de ellas ó impidiendo entrar á muchos pobres diablos, que, por no ser bastante malignos, podían desubstanciar el guisado.

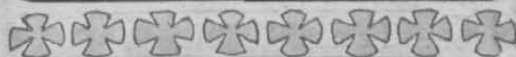
Empezaron á chirriar los cuerpos que se tostaban, soltando sus grasas pestilentes. Comenzó luego á cocer aquel líquido viscoso, borbotando estruendosamente como hervor de inmensa catarata. Y de aquella ebullición se desprendieron pronto gases y vapores negros en abundancia tal que, no cabiendo ya en los ámbitos del abismo, buscaron y tuvieron natural salida por los resquicios y cerraduras de las puertas, como sale á lo exterior el humazo del incendio de una casa cerrada. Y así en columna continua que, retorciéndose luego en espirales, formaba madejas, y en madejas que abriéndose y dilatándose formaban nubes, los vapores escapados del infierno subieron á la tierra, incorporándose en su atmósfera, como la humareda se disuelve en el aire dejando en él hedor y tufo del incendio.

La audacia de la ciencia había triunfado sin que los ángeles guardianes pudieran sospechar la estratagema ni estorbar la expansión de un fluido incoercible.

Aquello era el extracto y quinta esencia de las maldades y pasiones infernales, la volatilización del diablo, que con sutileza tan ingeniosa se introdujo en la sangre de los hombres, para inficionarla, como se verá en la segunda parte de esta historia sacada de antiguos códices de la magia.

EUGENIO SELLÉS

MARIPOSAS



Yo sé un canto que tiene las notas
de todas las aves,
de todos los plectros:
es un canto muy raro y muy dulce;
es un canto muy dulce y muy bello.

El consagra á los seres que se aman
con todo el cariño
que vive en lo eterno;
pero lejos de ti se me olvida,
y si estoy junto á ti, lo recuerdo.

Cuando quieras oír ese canto,
¡oh, amada del alma!
los labios juntemos,
y verás cómo vibran las notas
del poema inmortal de los besos!

L. TORRES ABANDERO

Caracas.





EL PRIMER TAPONAZO DEL AÑO.



EL IDILIO DEL HAMBRE

HAN vendido hasta la camisa y llevan sobre la carne los últimos harapos, lo más viejo, lo que no es posible empeñar, lo que necesitan forzosamente para salir á la calle en busca de un pedazo de pan para sus cuatro pequeñuelos cloróticos, demacrados, sin luz en los ojos, sin calor en el cuerpo, sin risas de ángel en los labios... No hay pan, no hay fuego ni una mala silla que quemar para calentarse. Falta el trabajo y, con él, lo más preciso para vivir... El padre, joven, robusto, insensible al hambre propia, pero sintiendo el tormento de la que revelan las demacradas caritas de sus rapaces, está inmóvil, silencioso, tétrico, con la mirada fija en el suelo, sin atreverse á levantarla por no tropezar con la de su compañera de infortunio que, menos fuerte que él, deja asomar á sus ojos algunas

lágrimas, sin que una queja brote de sus labios; aquellas lágrimas son mil veces más conmovedoras, en medio del frío silencio que reina en la desnuda estancia, que todos los desgarradores ayes que pueda contener la infinita escala del dolor humano... Cuadro silencioso, pero elocuente, el que forman aquellos seres, víctimas quizá de la desgracia, tal vez del egoísmo de sus semejantes...

La tarde muere; la luz se extingue; los contornos se borran; las sombras lo invaden todo; es la hora melancólica de los recuerdos, de las nostalgias, la hora en que suspira el dichoso, la hora en que lloran los desgraciados... Los rapazuelos acércanse silenciosos á su madre; la miran, la ven llorar y, tristes, calladitos, se agrupan en el suelo, pegándose á las piernas de la infeliz, que les mira un momento con sus negros y hermosos ojazos morunos, muy abiertos y muy brillantes... «—¡Basta ya! ¡Hay que hacer algo!» Seca sus ojos con rabia, se anuda al cuello el pingajo que le sirve de toquilla, y corre á la puerta, donde su esposo le tiende los brazos, preguntándole: «—¿A dónde vas?» Está furiosa y no responde; pero empuja rechinando los dientes, mordiendo esta frase seca, imperativa: «—¡Déjame!» Suena un portazo, y otra vez el silencio vuelve á imperar, silencio que interrumpen un momento algunos golpes descargados con los puños contra la cabeza y el rostro, á la vez que una frase de ira, sucia y asquerosa, sale de labios

de él, con rabia de insultante reproche dirigido á algo divino... Es la voz del hambriento, la voz del desesperado... Respetadla aunque insulte. ¿Podéis hacer menos? ¿Qué sabe el infeliz lo que dice!

Suenan incesantes golpes en la puerta; parece que alguien llega huyendo ó á pedir auxilio... Los niños se asustan, el padre corre á abrir... Como una avalancha, se precipita la madre en el obscuro desván... «—¿Qué tienes?» le pregunta él... «—¡Déjame!» Lo mismo que antes. ¡Pero ahora ríe... se la ve reír á la vaga claridad de la luz de la escalera... No viene huyendo... no pide auxilio: lo trae. Lo mismo corre una madre buena en un caso que en otro. «—Tomad... tomad, hijos míos—exclama con cansancio, á la vez que llora y sonríe.—Pan, carne... garbanzos... arroz...» Todo cocido, revuelto, amontonado, destilando grasa gris, salpicado de chispas de carbón, de ceniza... Aquello es una bazofia, comida sobrante mal cuidada por haberse destinado á los perros; pero es comida... También trae luz; una vela que, encendida, ahuyentará las sombras y, con

ellas, el miedo de sus cuatro cielos que ya sonríen y se apiñan junto al papel que contiene la comida... El padre enciende la vela... Los chicos acercan las manos á la llama, para calentárselas... «—¡Qué bonita es esta luz, madre! ¿verdad?» Se desvanecieron las sombras... Los rapacitos comen con... con hambre; su madre les reparte el pan en porciones iguales y también sonríe, también es dichosa... aunque no tanto como ellos; sólo el marido calla y piensa, y se muerde los labios para contener las lágrimas, cuando mira á su pobre compañera.

El desván está silencioso, sin luz... Los niños duermen; sus padres velan, sentados en un rincón, sobre el frío pavimento... Hablan... A veces lloran y se besan... «—Sí... era preciso... Tú ya habías hecho todo lo posible... Me tocaba á mí... Como una loca, vagué de casa en casa, de tienda en tienda... En una me dieron pan; en otra una moneda... Pensando que quien más tiene más puede dar, quise, ante todo, ver al dueño de ese hotel que hay en la esquina... «—Le contaré lo que nos pasa —me dije—que no tenemos trabajo, que lo buscamos, que lo hemos vendido todo, que hace cuarenta horas que no comemos, y si tiene corazón me socorrerá...» ¡Ay! El portero, muy limpio y muy

abrigado en su librea, díjome que no se podía pasar, y porque insistí, echóme á la calle de mal modo; y es que los que sirven á los poderosos, acaban por contagiarse y tener orgullo como ellos... ¡Qué calvario!... De varias casas me echaron las porterías... Al que pide le echan, y al que roba, le prenden y castigan. ¿Es que la humanidad, quiere que los pobres como nosotros se mueran de hambre? Por fin, subí al primer piso de una casa sin portería... Llorando, les conté lo que me pasaba... Eran buena gente y me dieron las sobras de su comida... Con la moneda que me habían dado, compré la bujía...» Se oye un sollozo... Es él que llora... El rumor de unos besos muy apasionados y de muchas frases llenas de amor y de consuelo, acaba por imperar... La dicha torna... El amor sacude sus alas, entumecidas por el hambre y el frío, para abrigar con ellas á los desgraciados... ¿Cómo? ¿los sollozos se tornan risas?... ¡Imposible!... Sí; es que ríen sin explosión, sin alegría, como ríen los que sufren; pero, al fin, ríen... Son jóvenes, se aman, y en medio de su infortunio, se consuelan con sus caricias, con sus besos mojados en llanto, y se dan fuerzas con su amor... ¡Ah! ¡También el hambre tiene su idilio!...

LUIS DE VAL

Ilustraciones de A. SERIÑÁ.



PASATIEMPOS

CHARADAS

I

He visto el *todo* que tiene
el párraco de Argonilla:
Es *dos-primer*, y la borla
de pelo *tres cuatro-prima*.

II

Dos consonantes y artículo
que tres sílabas expresan,
componen el distintivo
de un príncipe de la iglesia.

LUIS DEL ARCO.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

TENCON

TORRENTE CORTADO.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 — Nombre de mujer.
9 6 3 5 6 7 6 9 — » »
9 6 3 5 6 7 9 — » »
1 9 4 3 7 4 — Verbo.
1 2 3 4 9 — Nombre de mujer.
8 5 8 9 — » »
9 6 9 — » »
6 5 — Negación.
5 — Nombre de mujer.

E. PIGRAU.

FRASE HECHA



JEROGLIFICO



SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

- Charada.* — Esopo.
Adivinanza. — Puente.
Tarjeta complicada. —
1.^o La parte del mundo: Europa.
2.^o Las naciones en ella existentes: España y Grecia.
3.^o Las capitales respectivas de estas últimas: Madrid y Atenas.
Charadas eléctricas. — 1.^a Novela. — 2.^a Anacleto. —
3.^a Noria. — 4.^a Armario. — 5.^a Diario.
Charada en acción. — Dádiva.
Frase hecha. — Poner el dedo en la llaga.

CORRESPONDENCIA

C. F. Más le valdría, en vez de pasar el tiempo imaginando *pasatiempos*, que lo empleara en estudiar. En su carta me dice: «Le remito estos *geoglíficos*, por si *tiena* gusto de insertarlos en su *dicna* revista.» ¡Ah, *pi-iaro*, *pijarol*! ¡cómo le engaña la *icnoransia*. Porque se necesita ser muy atrevido... ó faltar de sentido común para escribir los siguientes versos:

Si estas letras combinas
Si las combinas bien allarás
Un pueblo de la costa
No muy lejos de nuestra Ciudad.
Si un poco mas buscare
En dicho pueblo se alla
El nombre de una calle
Que allar no tardarás.

¿Los ha hecho usted solo ó con ayuda de vecino?
Compadexgo, amigo, su chifladura, aconsejándole se retire á la vida privada; caso de que la afición le domine, reserve esos desahogos para su familia... si la *tiena*. ¡Ah! Y lo de *hasta otra* con que me amenaza usted, guárdese bien de llevarlo á cabo, porque de repetir la agresión le entrego á las iras populares en compañía de sus *dicnos geoglíficos*.

L. G. P. El *hayer* conque encabeza sus versitos á *Balbina* me obliga á manifestarle que oy por oy están verdes. En los otros *A ella* me he convencido de que se pirra usted por las achas, pues hay un *hiba* que no va, no va, no va, aunque usted se empeñe.

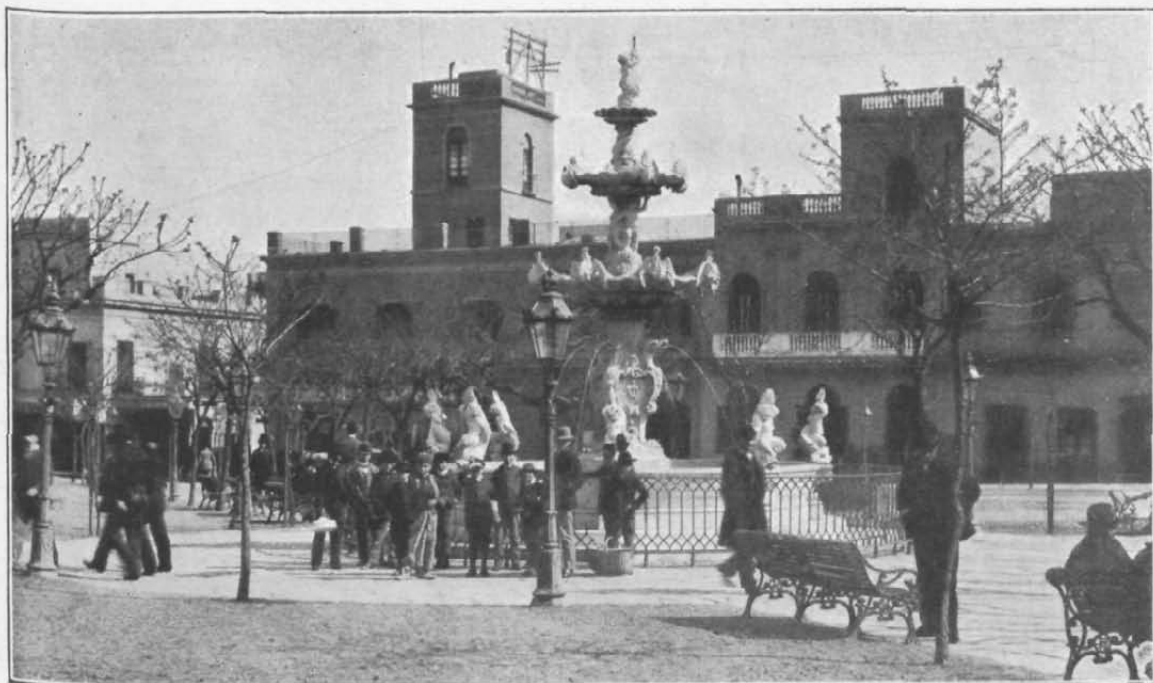
¡Qué ha de *hir*, hombre, que ha de *hir*!
Lo que tenga que decir á esas señoritas, pues supongo lo serán, dígaselo verbalmente ó por signos... sin hacer gala de su especial ortografía.



—Leeeicio epistola beati Pauli Apostoli ad corinthios.
 —Que te has dejado una N.
 —*Frantres.*



—Miusté, padre: se ha caído un chico al pozo.
 —¡Vaya un chico! ¡Si tiene tantas barbas como yo!

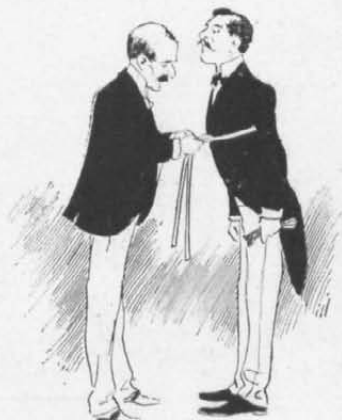


MONTEVIDEO. — PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN. (La Fuente).

Fot. de Fitz-Patrick.



1.—Ya hace tres años que estuvo en mis talleres un tal *Casañal*. Le hice un traje de fantasía precioso; á mi gusto... ¡Aún me lo debe!



2.—A los pocos días vino un tal *Casañ*; le hice un terno inglés superior... No lo pude cobrar.



3.—Después vino un tal *Casa*, y yo dije: ¡Ca! ¡Conozco la combinal y lo planté en la calle.

DIBUJOS de T. GASCÓN.

Fot. Tip.-Lit. del «Album Salón.»

5CENTIMES
LE NUMÉRO



JOURNAL
LA MEUSE

ABONNEMENT
18 Frs. par AN

BI-QUOTIDIEN 4 PAGES 10 H. MATIN
4 PAGES 6 H. SOIR

REMIS 2 FOIS PAR JOUR AUX ABONNÉS

Cartel del diario «La Meuse». — Lieja (Bélgica).

Confeccionado por la casa Gordinne & Fils.